

Artículo escrito por **JOSÉ LUIS CORTÁZAR, C. M.**
(Boletín Informativo de la Provincia de Madrid, Enero-Febrero 2012, Nº 290)

Alguien ha dicho que para escribir la semblanza de un misionero difunto, es menester hacerlo con profundo agradecimiento por su entrega evangelizadora y con gran fraternidad por su vida de hermano y amigo en el Señor. Con este espíritu quiero yo trazar cuatro pinceladas de nuestro querido cohermano el P. Miguel Raigoso que nos acaba de dejar el día 12 de enero de este año recién estrenado.

El P. Miguel Raigoso era madrileño de pura cepa. Nació el 23 de febrero de 1923 en el barrio de Salamanca, y fue bautizado en la parroquia de la Concepción, de la calle Goya. Su andadura vocacional comienza en la apostólica de Tardajos (Burgos) en 1935, continúa en la casa de Hortaleza en 1940, donde hace el Seminario Interno, los tres cursos de Filosofía y emite los votos perpetuos, y finaliza en el Seminario de San Pablo, en Cuenca, donde realiza los estudios teológicos. Fueron años de guerra y posguerra, años del “ceregumil” y del “aceite de hígado de bacalao”, años de dificultades y penurias que ya acreditaron la vocación misionera y sacerdotal del P. Raigoso. Y toda esta andadura vocacional culmina, el 29 de junio de 1948, con la ordenación sacerdotal, en la Basílica de la Milagrosa, por parte de Mons. Emilio Lissón, Arzobispo paúl y dimisionario de Lima.

La primera faceta -y tal vez, la menos conocida y resaltada- del P. Miguel Raigoso ha sido su trabajo en el “ministerio de la enseñanza”. Nuestros colegios de Limpias y Marín, y la escuela apostólica de Teruel así lo atestiguan. Sin embargo, al P. Raigoso siempre se le asociará, con toda la razón, a un ministerio muy especial, querido y específico para él: la Asociación de Hijas de María. Al cambiar de nombre esta Asociación, después del Concilio Vaticano II -primero con EMAS, después y actualmente con JMV-, el P. Raigoso siguió trabajando en este campo juvenil-vocacional con gran entusiasmo y dedicación, y adaptándose a los tiempos más recientes.

Son significativos algunos párrafos de una amplia y extensa carta que escribe, el 21 de noviembre de 1993, al P. Visitador de entonces, P. Eutiquio García: “A lo mejor pueda interesar a alguien el día en que me muera, pues descubrirán que ha sido mi principal quehacer misionero, a través del cual, he llevado bastantes vocaciones a nuestra Congregación, a las Hijas de la Caridad y a otras Congregaciones religiosas, y pienso seguir haciéndolo en adelante hasta que Dios me dé fuerzas”.

Otra faceta, más personal, del P. Miguel Raigoso era el orden y la limpieza. A veces, con tal énfasis y escrúpulo que llevaba a constituir una manía o una obsesión en él. Limpieza y orden en el vestir, en la habitación, en su vida toda, en la celebración de la Eucaristía... Pienso que esa limpieza exterior, era expresión de la limpieza de su alma y de su corazón, y que ya se habrá cumplido lo que dice Jesús en el sermón de la montaña: “Felices los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 9).

Quiero terminar estas líneas con unas palabras que San Vicente de Paúl pronunció en la repetición de oración del 3 de noviembre de 1656: “¡Qué felices son aquellos que emplean todos los momentos de su vida al servicio de Dios y se ofrecen a Él de la mejor manera!”.